

## LA CLASE DOMINANTE PALESTINA EN *AL-ŞUBBĀR*, DE SAĦAR JALĪFA

CLARA M<sup>a</sup> THOMAS DE ANTONIO  
*Universidad de Sevilla*

SaĦar JalĪfa es una gran novelista palestina nacida en Nablus en 1941. Tras romper con un matrimonio impuesto, decide continuar sus estudios, se licencia en la Universidad de Iowa en 1988 y regresa a su tierra para trabajar como directora del Centro de Asuntos de la Mujer en Nablus y Gaza. Es autora de 5 novelas<sup>1</sup> en las que analiza la sociedad palestina de Cisjordania y, entre los muchos aspectos interesantes que plantea, destaca uno que invita a una profunda reflexión: el papel de la clase dominante y su responsabilidad en la actual situación. Al ser imposible recoger aquí todos los matices que refleja en sus novelas, nos ceñiremos a *La chumbera* (*Al-şubbār*, 1976)<sup>2</sup>, donde describe la situación de los palestinos en Nablus a los cinco años de la Ocupación israelí —ocurrida tras la guerra de Junio de 1967—, su interacción con Israel, el cambio social y el conflicto generacional. El argumento es el siguiente: Usama al-Karami es un palestino de Tulkarm que forma parte de la Resistencia y ha pasado cinco años en los países petrolíferos. Regresa a Nablus para llevar a cabo una misión: dinamitar los autobuses de los obreros palestinos que trabajan en Israel. Pero comprueba con horror que la sociedad se ha acomodado a la presencia israelí. Tras intentar comprender los cambios, convencer de sus errores a su primo Adel, que ahora trabaja en Israel, y mantener una fuerte lucha interior porque Adel podría ser víctima de su misión, la lleva a cabo, muriendo en la acción. A consecuencia de este sabotaje, los israelíes dinamitan el palacete de la familia de Adel, porque Basel, su hermano menor, se ha unido a la Resistencia y ha ayudado a Usama.

JalĪfa retrata, con habilidad y sin ningún maniqueísmo, una rica tipología de personajes de la compleja sociedad palestina: familias de notables, comerciantes, obreros o jornaleros; miembros de la Resistencia, hombres que trabajan en Nablus o en Israel, amas de casa, universitarias, chiquillos que vagan por las calles o que

van a la escuela...También señala las diferencias entre la sociedad anterior a la Ocupación y la posterior. Aunque la acción está protagonizada por Usama y Adel —como polos opuestos en su forma de entender la lucha por Palestina—, la gama de posturas es muy amplia y matizada. Y en la situación a la que se ha abocado tienen mucho que ver quienes han detentado o detentan en esos momentos el poder social, económico o político, sea en el exilio, en Israel o en la propia Cisjordania.

Antes de la Ocupación, la sociedad palestina de Nablus estaba dividida básicamente en una clase dominante y una clase popular; y 5 años más tarde aún persisten ciertas actitudes heredadas: «en la oficina [de la jabonería] los notables se reúnen a hablar y no hacer. El resto de las criaturas, en las calles, hacen y no discuten. Nada ha cambiado» (p. 31). Pero las cosas están cambiando, como señala Adel —hijo de un notable arruinado; ahora trabaja en Israel— en su conversación con Abu Saber, obrero que acaba de perder los dedos de la mano:

- ¡La ruina de mi casa, Adel! ¡La derecha! [...] Tú no conoces el sabor del hambre; no sabes lo que es el paro.

- Claro que lo sé. [...]

- No te enfades conmigo, hijo [...], pero es la verdad: tú, por mucho que pase el tiempo, seguirás siendo el hijo de Karami, conocido por todos. Y seguirás teniendo las puertas abiertas; las puertas de los ricos, las puertas de los bancos, las puertas del cielo. [...]

- Te equivocas. Nadie da sin recibir a cambio. Tampoco los bancos. Ni Dios. Y a mí no me queda nada que dar: el huerto está hipotecado y la casa es mano muerta de todos los Karami. No me queda sino este brazo (pp. 60-61).

La mayoría de la población se ha acomodado a las nuevas circunstancias, pues los jornaleros y obreros que trabajaban en Cisjordania ahora han visto elevado su nivel de vida trabajando en Israel, como asevera Abu Saber a Adel: «¿Mala vida? Suficiente mala vida hemos tenido. Ahora vivimos como vivís vosotros, los señoritos distinguidos» (p. 55).

En el terreno social, la familia más representativa de los notables de Nablus es la de Adel al-Karami, que comparte con Usama el protagonismo de *La chumbera*. A través del análisis de esta familia podremos observar la evolución que

1. Ha publicado *No somos ya vuestras esclavas* (*Lam na'ūd ŷawārī la-kum*, 1974), *La chumbera* (*Al-šubbār*, 1976), *El girasol* (*ʿAbbād al-šams*, 1980), *Memorias de una mujer irreal* (*Mudakkirāt imrā'a gayr wāqī'īya*, 1986) y *El callejón de Bāb al-Sāḥa* (*Bāb al-Sāḥa*, 1990).

2. Para ello seguiremos la versión de Javier Barreda titulada *Cactus* (Ed. Xtalaparta, Tafalla, 1994). La página señalada tras cada cita literal se refiere a esta versión. Y en la exposición usaremos los nombres propios y los topónimos tal como aparecen en ella.

sufre y el conflicto entre la generación de los padres y la de los hijos, en la que también hay diferentes posturas. Esta familia está compuesta por nueve miembros: el padre, la madre, seis hijos y la abuela. El padre es un notable viejo y enfermo que posee un vetusto palacete y una finca hipotecada. La madre es un ama de casa tradicional sometida a su marido. Adel, el hijo mayor, dirige la finca familiar, pero, al dejarle los jornaleros, ha tenido que buscar trabajo en Israel con otros obreros, como Abu Saber y Zuhdi, sin decírselo al padre. Nawar, hija dócil y sumisa, ayuda en la casa, estudia para ser maestra y está enamorada en secreto de un preso palestino. Basel es un inquieto estudiante de secundaria que acaba por integrarse en la Resistencia. De los tres pequeños y la abuela poco dice la autora.

La familia de Adel, aunque arruinada tras cinco años de ocupación, vive en un palacete que aún ofrece los rasgos de su antiguo esplendor:

Era ésta una casa grande, un palacete de los de las generaciones anteriores: columnas de mármol, techos abovedados, un patio abierto pavimentado con grandes piedras, una alberca rodeada de limoneros y tiestos de jazmín y fucsias. Oropeles árabes en las paredes, candiles de cristales coloreados, cajas taraceadas en nácar. Pero el tiempo lo había menoscabado todo (pp. 37-38).

El palacete tiene varios pisos. En la planta baja está el patio y la sala en la que el padre preside el «Consejo» y se entrevista con los periodistas. En la planta superior están los dormitorios y el comedor familiar; y desde ella se accede a la azotea que corona la vivienda. Desde el patio se baja a un sótano que lo comunica por un pasadizo con la Mezquita Mayor. Pero «ya no había servidumbre, pues los obreros llenaban las fábricas de Israel, y el sueldo del obrero es similar al del señor» (pp. 37-38). Es una vivienda inadecuada e insostenible, como dice Nawar:

Esta casa siempre está sucia. Sin embargo, la gente sigue queriendo tener casas como ésta: una moda antigua que no se adapta al espíritu de los tiempos que corren. Esta casa necesita al menos tres criados, y la única criada en la casa soy yo. [...] Esta casa es una calamidad que padezco yo sola (p. 41).

La generación mayor está representada por el padre de Adel que, aun achacoso, ejerce su opresiva autoridad patriarcal tanto en el ámbito familiar como en el social. Dependiente de un costoso riñón artificial, va de mal en peor, pero hace la vida imposible a su esposa y a sus hijos:

- ¡Basel!- gritó el padre, escupiendo su impotencia.

Basel entró con desgana en la habitación.

- ¡Umm Adel! -gritó de nuevo.

La mujer dejó lo que tenía entre manos en la cocina y corrió al dormitorio.

- ¿Quién ha estado jugueteando con el aparato? —gritaba el padre colérico—

¡Siempre estás jugando con mis cosas! Los pequeños entran en la habitación

sin que nadie los vigile. Un día van a romper el aparato delante de vuestras narices sin que mováis un dedo. Yo sé lo que queréis: queréis libraros de mí. Basel salió profiriendo maldiciones. Se paró ante Adel y le preguntó:

- ¿Cuándo se lo llevará Dios y descansaremos de él? [...]

- ¿Y mis gafas? —volvió a gritar el padre — ¡Nawar! ¿Dónde está Nawar?

Nawar entró corriendo y salió tras unos minutos, expelida por el torrente de gritos.

- ¡Esta casa es un burdel! ¡Nada ordenado, nada limpio, nada cómodo! ¿Y qué hacéis vosotros? ¡Nada!

Nawar se detuvo frente a Adel y señaló hacia la habitación apestada:

- ¿Y qué hace él sino convertir en un infierno la vida de cada uno de nosotros? (pp. 216-217).

Todos le temen: la madre no rechista, Adel no le dice que ha abandonado el huerto y trabaja en Israel, y Nawar le oculta su amor hacia un preso palestino, al que visita y escribe. Sólo Basel, cuando ya colabore con la Resistencia, acabará por hacerle frente:

Basel aguantaba la mirada de su padre con la suya cargada de odio y desafío.

- ¿Habéis visto cómo me mira este niño rebelde? —bramó el padre— ¡Niño, baja los ojos y no mires con ese descaro! ¡Generación bastarda! ¡Dios maldiga a quien puso su semilla!

- Usama no es un perseguido de la Justicia por la simple razón de que no hay Justicia en absoluto.

- Vaya, vaya —rió el padre irónicamente—, así que el niño tiene lengua para hablar. ¿Así que ésas tenemos? [...] ¿de dónde has sacado esa genialidad?

- Soy hijo de mi padre —respondió Basel en el mismo tono.

- ¡Niño! ¡Levántate y desaparece de mi vista!

- Tengo hambre. Quiero comer.

- ¡Levántate y desaparece de mi vista porque no vas a comer!

- Déjale que coma, padre —intervino Adel, intentando tranquilizar los ánimos—. Si quieres castigarle, hazlo con otra cosa. El niño está muy delgado y necesita comer. Además, está en época de exámenes [...]

El padre reculó un poco:

- Desde que salió de la cárcel, este niño se ha vuelto un desvergonzado. Allí aprendió a ser grosero. No soy responsable de los problemas que nos pueda acarrear. Pero escucha una cosa: cuando estés en mi presencia más vale que te comportes mejor y hables educadamente, ¿entendido? (pp. 222-223).

También será el padre quien concierte el matrimonio de su hija según el sistema tradicional, en el cual rige el interés económico y el desconocimiento entre los futuros esposos:

- Hoy te ha venido un pretendiente. [...] El doctor Ezzat Abdel Rabeih. [...] Es un hombre educado, hijo de una familia respetable. Su situación económica es

estupenda: los pacientes van a su consulta como moscas. Sólo hace dos años que se licenció, pero ha sabido cómo entrar en el mercado. [...] Mañana vendrá a verte. [...] Explícale cómo debe comportarse delante del hombre —dijo el padre mirando a su esposa. [...]

- ¡Pero no lo conozco! —acertó a decir Nawar.

Su padre la miró severamente.

- Por supuesto que no lo conoces ¿Suponías que sería de otra manera?

Se volvió hacia Adel y prosiguió.

- El hombre ha tomado una actitud positiva y que le honra. Consiente en que Nawar trabaje cuando se licencie y en que contribuya a solucionar algunos problemas que padecemos (pp. 219-221).

Como el honor familiar depende del recato de la mujer, se queda atónito más tarde al saber que Nawar conoce a su amado: «¿Lo visita a la vista de todos? ¿Qué van a decir de la casa de al-Karami? ¿Qué van a decir de mí?» (p. 227). Y no tolera que nadie interfiera en sus planes:

- Hace un mes que Zakiyya desea comprometer a Nawar y Usama —dijo la abuela con un coraje envidiable.

- ¿Qué es esto, madre? —replicó el padre— ¿Insinúas que prometa a mi hija a un desaparecido? ¿Has olvidado que ha sido acusado de matar al oficial? ¿Has olvidado que es un perseguido por la Justicia y el Servicio Secreto? [...]

- Zakiyya se sentirá muy decepcionada —insistió la abuela—. Nawar no debe casarse con un extraño si su primo desea casarse con ella.

- Su primo, que es tu nieto. No importa. No casaré a mi hija con...

Dirigió una mirada escrutadora a Basel y prosiguió:

- Con un perseguido de la Justicia (pp. 222-223).

El padre de Adel representa a los notables cuyo patriotismo es puramente verbal y que, al explotar a los trabajadores, favorecen que éstos se vayan a las fábricas de Israel. Él carece de sentimiento nacional y sólo lo utiliza para mantener su posición social. Se entretiene recibiendo a la prensa y la televisión en la sala del «Consejo» que él preside y que se celebra habitualmente en su palacete.

Estaba rodeado de amigos, periodistas extranjeros y cámaras de la Televisión francesa. Uno de los apoltronados en lo más alto de la escala social decía así:

- El trabajo en Israel se impone a nuestros trabajadores. Nosotros no somos culpables, ni lo es la estructura social. La Ocupación es la culpable.

«Amén», dijeron los presentes. Los periodistas franceses sonrieron y apuraron el café con cardamomo (p. 38).

Pero Adel critica esta actitud, al evocar el riñón artificial que mantiene vivo a su padre,

a fin de que, como caudillo que es, se siente en el salón, en medio de las personalidades, a beber café y maldecir a los trabajadores. Mientras tanto, los trabajadores maldicen a las personalidades y mueven el dedo corazón cuando les recuerdan las fortunas de la «Resistencia» (p. 68).

Su desprecio por los resistentes se pone en evidencia cuando grita al enterarse de la detención de Basel: «Los designios de Dios se cumplen. ¿Qué creía este mocoso que iba a conseguir? ¿Liberar Palestina?» (p. 120). Nawar se asquea de su hipocresía, igual que Adel:

Basel duerme en una estera en la cárcel y mi padre, el paladín, no se ha tomado la molestia de preguntar por él. Eso sí, hará del asunto una gesta heroica sin par delante de las cámaras de la televisión; lanzará una ardiente arenga y dirá a los vecinos «Éste es mi hijo. Mi hijo» (p. 122).

Por ello, al final del relato, Adel equipara a su padre con el oficial israelí que va a dinamitar la mansión familiar, pues ambos destruyen Palestina.

La madre de Adel cumple el papel tradicional de la mujer como reproductora de la especie y guardiana del hogar. Sometida a la tiranía del marido, no se atreve a llevarle la contraria. Y ante la detención de su hijo, se limita a sollozar y lamentarse. En cambio la abuela es algo más valiente y se permite proponer al padre otro pretendiente para Nawar.

La generación intermedia está representada por Adel y Nawar. Menos definidos y atrevidos, aparentan sumisión a la autoridad paterna, pero en la práctica se desvían de ella.

Adel trata de mediar, aun a disgusto, entre la generación mayor y la generación más joven. Ha llevado el huerto familiar hasta que los jornaleros lo han abandonado, lo que no le deja otra salida que trabajar como obrero en Israel para mantener a toda la familia y el riñón artificial del padre, por lo que Usama le considera un traidor a la Causa. Su descenso social le impide incluso pensar en el matrimonio, ya que sólo una obrera «ignorante» aceptaría tal boda, o tal vez ni siquiera ella, pues «el extravío de las clases había alcanzado también al matrimonio» (p. 174), y las obreras ahora tenían aspiraciones burguesas. Soporta su situación con enorme paciencia, trata a sus hermanos con comprensión e intenta mantener la paz familiar. Por otro lado, cree que «la guerra terminará un día y las gentes vivirán como hermanos» (p. 125), lo que le lleva en cierta ocasión a auxiliar a la esposa y la hija de un oficial israelí que acaba de ser apuñalado en el mercado por Usama y poco después a asistir y consolar a la madre de Usama, que acaba de enterarse de la acción de su hijo tras sufrir un registro en su casa.

Pero ante una pelea entre obreros árabes y judíos en la fábrica, tras ser golpeado al intentar mediar entre ambos bandos, participa de lleno del lado de los árabes. No acude a los «Consejos» de su padre, pero su corazón está del lado de los «hambrientos, de los desnudos, de los despojados» (p. 233). Por ello, lucha

por los derechos de todos los trabajadores, palestinos o israelíes, que considera oprimidos por sus patronos, aunque es consciente de la diferencia de trato que se les da a sus compatriotas. Usama se horroriza al verle tan «integrado» y califica de «implicación» (p. 95) su empeño en que Abu Saber consiga una indemnización, «derecho legal que debía ser reivindicado a pesar de la carencia de permiso de trabajo» (p. 94). Adel considera el tema como «una cuestión de patrón y trabajador, no de árabes o israelíes» (pp. 172-173). Aunque a menudo se siente solo e incomprendido, ve clara su misión —«paso a paso aprenderemos a ganar dignidad y dejaremos de ser víctimas» (p. 123)— y sabe que la comparten y aprecian otros compañeros de trabajo, como Abu Saber y Zuhdi, porque actúa con el corazón y no con teorías sacadas de los libros:

Yo me hablo y yo me escucho. Los que escuchan están tras los muros de los calabozos. Y yo aquí, allanándole el camino a Tel Aviv. ¡Maldita sea!... Pero no estoy solo, estoy con ellos. Con Zuhdi y los hombres. Mi papel no es menor que otros. Aunque los idiotas no lo comprendan (p. 122).

Pero Adel también es consciente de su impotencia, y cuando Usama le pregunta qué hace ante la situación, le responde: «Humillo la cabeza ante la vida» (p. 33). Ahoga sus penas en la bebida, y se identifica con todos los palestinos: «Un pueblo entero se ahoga» en medio de las falsas esperanzas propagadas por la radio, las grandilocuentes palabras de los notables sobre las «proezas de la arabidad» y las plegarias de algunas mujeres que confían en que Dios logrará el fin de la Ocupación (p. 73). Combate la desesperanza con la desesperanza, pero también con los sueños. Está convencido de la validez de su lucha, por lo que le dice a Usama: «¡Convénceme de que lo que hago no es *yihād*... de que la libertad no significa el hambre de los inermes, de que se puede encontrar la felicidad en el hambre!» (p. 75). Cuando Usama le informa de su misión para tranquilizar su conciencia, Adel le contesta furioso:

-¡Tu conciencia! ¿No basta con Abu Saber? ¿Quién alimentará a los niños y protegerá a las mujeres? ¿se casará alguien con las viudas? Y si se casan, los esposos echarán a los niños a las calles que vaguen por ellas fumando.

- [...] Estropean la educación de la generación y deforman las glorias de la Resistencia.

- ¿Las glorias? ¿No medís al hombre más que por la gloria? ¿Y su debilidad? ¿Y la dureza de la vida y de la sociedad, las estructuras desgarradas y los rencores mutuos? Yo no he conocido rencores porque he vivido en el bienestar de la leyenda. Pero [el jornalero] Shahada sí los ha conocido, y me ha dejado. [...] Es capaz de mear en cualquier parte del huerto, incluida mi propia persona. [...] ¿Sabes? Ayer le oí decir a mi padre cosas hilarantes a un periodista, construir una elegía de las glorias de la arabidad. El periodista, que era francés, lo consolaba hábilmente: le contaba episodios semejantes de la historia de Fran-

cia... que miles de franceses trabajaban en las fábricas de armamento de Hitler... ¿puedes creerlo? Me sentí confortado [...].

- [...] Vete a dormir. Estás borracho. [...]

- ¿Y quién no lo está? Unos ebrios de Resistencia, otros de las glorias guerreras y nosotros del cólico nefrítico... El cólico nefrítico molesta, es peor que los dolores de parto. La diferencia es que a los dolores de parto les sigue el nacimiento... A nosotros nos duele el vientre, mientras que vosotros tenéis dolores de parto... Y luego nos avergonzáis por no haber parido (pp. 77-78).

Y al acusarle Usama de haber olvidado al país y la Ocupación, Adel le espeta:

- No he olvidado al país. La prueba es que no lo he dejado. [...]

- Yo sólo dejé el país por un corto espacio de tiempo. Y ya ves que he vuelto. [...]

- He oído a la tía que te echaron del país... ¿es cierto? [...]

- ¿Quieres decir que, si no me hubieran expulsado, no habría vuelto? [...]

- Entiéndelo como quieras. [...]

- Lo único que entiendo es que habéis abandonado el camino revolucionario. La gente del exterior así lo ve y así lo escribe. [...]

- ¿A quién te refieres? ¿A los exiliados de Kuwait, Dahrán y los países del Golfo? Cuando ellos industrialicen Gaza y Cisjordania, verás qué rápido dejamos de trabajar «allí». Pero no lo harán. ¿Sabes por qué? Porque ninguno de ellos arriesgará un dinar por los demás. Pretenden que seamos nosotros los únicos que arriesguen y sacrifiquen todo.

- Sí. Y así debe ser porque nosotros somos, en primer y último lugar, los responsables de la Resistencia.

- ¿Y cómo resistimos muertos de hambre?

- El hambre hace explotar la revolución. [...] Es un axioma incuestionable. [...]

- Y esa gente de la que hablas ¿qué hace? ¿pasa hambre?... No, querido, no. Ellos acumulan dinero: compran acciones e inmuebles, compran Beirut y Europa enteros... En cuanto a ti, ¿por qué dejaste el país inmediatamente después de la Ocupación?

- No podía soportar la situación. No aguantaba verlos pasearse por nuestras calles profanando el país.

- ¡Estupendo! ¡Magnífico! ¡Abrumador! Ésa es la esencia de la Resistencia (pp. 111-131).

A pesar de esta crítica rotunda a la posición de Usama, Adel reconoce la ineficacia de su forma de luchar y sufre al sentirse impotente y confuso ante tantos desastres:

Yo no sé quién soy: ni una espina ni una rosa, intentos desesperanzados de remediar lo que ha podrido el destino. La situación es demasiado mala para que sirva cualquier reforma. Un cambio... un cambio absoluto. Quizás cambiarme a mí. [...] Detienen a las muchachas, y yo aquí sentado. Y dentro de



unos momentos me sentaré a la mesa y comeré como los otros, beberé el té y sonreiré. Y luego a dormir (p. 217).

Al final del relato, cuando la casa familiar va a ser dinamitada, Adel se rebela contra el padre y no saca de ella el riñón artificial, decidido a dejarle morir en el hospital para salvar al resto de la familia. Si supiera cómo empezar de nuevo, cómo tener un corazón más bravío y colérico, habría dinamitado todo el mundo, habría sacado al sol las raíces podridas y habría empezado despacio a construir desde cero un mundo distinto, acorde con sus sueños de paz. Aún así, mantiene la esperanza en las futuras generaciones. Cuando está desalojando el palacete, ayudado por los amigos y los vecinos, piensa en Abu Saber, sus dedos cortados y su fallida indemnización, y le dice: «Tú has perdido. Yo he perdido. Todos hemos perdido. Nos queda la esperanza de que nuestros hijos alcancen lo que nosotros no alcanzamos...» (p. 233).

Nawar, la hija, se somete en casa, pero actúa con más libertad fuera. Por un lado, representa a la mujer tradicional, pues se ocupa de la casa y no se atreve a confesar al padre su amor por Saleh, el hermano preso de su amiga Lena, ni rechaza abiertamente al pretendiente de buena posición y sin compromiso con la Causa que le impone su padre. Ante esto, Adel no interviene: si Nawar no defiende su dignidad, «no la merece, y entrará en el mundo de las esposas sin merecer compasión» (p. 220); cree que ella no defenderá sus derechos, porque «las muchachas de este país no conocen la revolución más que a través de los libros» (p. 219). En cambio Basel acaba revelando su secreto, forzándola así a enfrentarse a su padre y decirle: «Sólo me casaré con Saleh, aunque tenga que esperar cien años más» (p. 227).

Pero, por otro lado, Nawar representa el cambio generacional, con la incorporación de la mujer de clase alta a la vida universitaria y su concienciación nacional. Estudia en la Escuela de Magisterio en la Universidad de al-Nayyah, donde es cortejada por los chicos, y piensa trabajar cuando se licencie para ayudar a Adel a llevar las cargas de la casa. Según la madre de Usama, que la desea como nuera, no está muy interesada en casarse porque «las chicas de hoy no tienen la ansiedad por el matrimonio que teníamos nosotras» (p. 36). Ante el polvo que se acumula en el palacete, Nawar se queja de tener que vivir en una casa tan grande, pero le parece natural que no haya criados —«debemos aprender a valernos por nosotros mismos» (p. 41)—. También cree que entre todos tienen que arreglar la situación del país, ya que la prensa, a la que su padre tanto atiende, no resolverá nada. Por ello, intenta ser fuerte y no humillar la cabeza.

La generación más joven está representada por Basel, que está menos lastrado por las tradiciones y las obligaciones y es más proclive al cambio. Es el único que se rebela contra la autoridad del padre y la sumisión de la madre, así como contra la opresión israelí. Con sus compañeros de secundaria discute de política o de temas que, según Usama, no se le pasaban por la cabeza a la juventud de la gene-

ración anterior a la Ocupación. En un toque de queda, grita a los soldados israelíes: «¿Somos los hombres de Abu Ammar! ¡Revolución, revolución hasta la victoria!» (p. 120). Es detenido y pasa una temporada en la cárcel, donde sus sentimientos oscilan entre el entusiasmo por la lucha heroica y el miedo real a sus consecuencias. Allí empieza a hacerse un hombre, devorando como los demás presos un rancho que al inicio había rechazado y sometiéndose a la disciplina de los presos de la Resistencia. Las clases sobre política que allí les imparte Saleh — el amor de su hermana— le hacen admirarle aún más, y con su mentalidad juvenil llega a la conclusión de que es lícito robarle alguna chuchería a Abdala, padre de su amigo Hari y dueño de la tienda de Ultramarinos:

Tu padre es un comprador, Hani, un mero intermediario para la comercialización de las mercancías de los países capitalistas. Por eso no le cuesta comercializar las mercancías de Israel. [...] No piensa más que en la ganancia asegurada y no se preocupa por el interés del país. No, no todas las burguesías son así: la burguesía europea fue una burguesía dirigente, una burguesía pionera. No se dedicaba a comprar y dormir (p. 139).

Al salir de la cárcel exagera su heroísmo ante los compañeros y habla en los términos políticos allí aprendidos. Y cuando Adel les recuerda a esos jóvenes que su «responsabilidad ahora es estudiar» (p. 170), Basel —que tanto ha admirado los libros en que aprendía Saleh— piensa ahora que «los verdaderos revolucionarios no llevan libros, sino cañones y cuchillos» (p. 171). Pero no sólo se rebela de palabra contra los mayores o los judíos. También actúa: incorporado a la Resistencia, esconde a Usama en el sótano del palacete paterno —donde guarda panfletos y explosivos— cuando éste asesina a un oficial israelí. Y más tarde Usama le confía una misión secreta, antes de marcharse a cumplir su propia misión de volar los autobuses.

Al final de la obra, Basel se indigna al ver que el padre ha concertado el matrimonio de Nawar sin consultarla y que ella no se rebela. Reprocha a Adel su cobardía y trabajar en Israel. Y se enfrenta a su padre, abandonando irritado el comedor:

Sentía rencor hacia todos ellos. Escrutaba sus rostros y se decía: ‘A padre lo odio porque representa la enfermedad, a madre porque encarna la sumisión, a la vieja porque personifica la ruina del hombre ante el paso del tiempo, a Nawar porque está en la flor de la vida y no da lo que se espera de ella... a Adel porque no es como Saleh y Usama; los niños, ni siquiera noto que existan... No noto que exista ninguno, soy un extraño en esta casa... (p. 225).

Y, antes de huir para unirse a la Resistencia, desvela su admiración por los combatientes —personificados en Usama— el trabajo de Adel en Israel y el amor secreto de Nawar, cosas que van provocando el estupor y el desplome de su autoritario padre.

En el terreno económico, la novela describe a grandes rasgos a algunos terratenientes, propietarios y hombres de negocios palestinos que están más interesados por su beneficio personal que por la Causa y han aprovechado la Ocupación para bajar los salarios, empujando así a muchos palestinos a trabajar en Israel para subsistir.

En el campo, el trato a los jornaleros es tan duro y los salarios tan bajos que éstos lo abandonan, dejando la tierra baldía y sin vida. Sólo quedan los viejos, como Abu Shahada, el cual justifica ante Usama que su hijo trabaje ahora en Israel:

- Allí es mejor: mucho dinero, un ambiente limpio... y nadie te dice «ven para acá, hijo de puta» o «haz esto, cabrón». Allí es mejor: mucho dinero, muchas comodidades, el trabajo relajado; nadie se te sube a la chepa ni te pisa el cuello, ni te hace trabajar de la mañana a la noche como un burro.
- ¿Y entonces para quién dejáis la finca? [...] ¿para quién dejáis la tierra? [...]
- ¿Es que es nuestra esta tierra?
- ¿De quién si no? [...]
- De sus dueños, efendi, ¿por qué estás enfadado? Yo, señor mío, soy un asalariado y lo he sido toda mi vida; ni tengo tierra ni por qué estar triste. Mi hijo también era un jornalero y lo sigue siendo. Si la tierra no es mía ni de Shahada, ¿por qué vamos a morir en ella? Cuando nos moríamos de hambre nadie preguntaba por nosotros, ¿por qué preguntáis ahora? (pp. 50-51).

El abandono es completado por la acción de los israelíes, que queman las tierras como represalia o destruyen sus recursos hídricos. Y, al quedarse sin agua ni jornaleros, el propio hijo del terrateniente, Adel, también tiene que abandonarla y trabajar a su pesar de obrero en Israel:

El huerto era verde como estas llanuras; las plantas eran más altas que mi talle. Los plataneros rozaban las nubes... pero cuando desaparecieron los jornaleros del huerto [vecino] de Abu Hafez «ellos» quemaron la noria. Era nuestro turno, pero los árboles murieron de sed. Los peones se marcharon y la tierra murió. Me quedé solo, doliéndome de la herida de la tierra y de la de mi alma (p. 60).

En otros sectores de la economía, el patrón palestino aprovecha la ocupación para enriquecerse a costa de los obreros. Abdala, el dueño de la tienda de ultramarinos donde también acuden los judíos, ha comprado tras la guerra un tostadero de café y un molino; pero se queja de que antes tenía tres empleados que no rechistaban y ahora sólo tiene uno que gana 300 libras al mes y siempre le pide aumento de sueldo, porque «tras la Ocupación, se echaron a perder y te cuestionan lo más incuestionable» (p. 83). Por otro lado, Zuhdi trabajará para Israel porque le quitaron su licencia para conducir y el dueño de una almazara le explotaba. Y Abu Saber, huyendo de la miserable ayuda de la Beneficencia, se va a Israel ante la negativa de su amo palestino a pagarle el salario de siempre, como él mismo cuenta a Adel y Zuhdi:

- Antes de la Ocupación me daba 135 piastras jordanas al día, y la vida no era tan cara como ahora. Tras la guerra volví con él y me dijo: «80 piastras». Le pregunté: «Pero antes me daba usted 135, ¿por qué esa diferencia si hay trabajo y abundancia? Además, no olvide las últimas semanas: nos moríamos de hambre, señor». «Hay muchos trabajadores y mucha demanda de trabajo; si no te gusta, puedes irte», me dijo. Y me fui (p. 55).

Y aunque esos amos palestinos les echan en cara que trabajen en Israel, por primera vez en su vida les tratan como señores y les dan la mano. Por todo ello, unos 70.000 árabes palestinos trabajan en las fábricas de Israel. En Nablus, concretamente, cientos de trabajadores son transportados cada día en autobuses o camiones cerrados de la compañía israelí *Eiyid* a Tel Aviv, donde les dan los trabajos más duros y, sufren discriminación respecto a los obreros judíos, pero tienen asegurado un buen salario.

Pero lo más sorprendente es que esos amos palestinos explotan al trabajador con la excusa del patriotismo, como señala un obrero a los parroquianos de un café:

- Hay un tipo de los de arriba que tiene un edificio de cinco pisos. Le pedí un jornal, como al resto de los mortales, y me dijo: «Vergüenza debería darte: para mí se trabaja por la mitad, como un servicio a la patria». Le dije que la vida había subido y los gastos eran muchos. Replicó: «Servicio a la patria» [...] «Vale —le contesté—. Pero ¿por qué el servicio a la patria corre de mi cuenta nada más?». «Debe correr también a cuenta de los demás», me dijo. «Y a la tuya», le espeté. «¿Cómo te atreves a hablar así? —me respondió—. No necesito que nadie como tú me recuerde el servicio a la patria. Además ya ves la situación». «Yo no veo más que un edificio de cinco pisos», repliqué. «Malhadado sea el envidioso —dijo—. Siembras el bien y recoges el mal». Le arrojé a la cara su miserable paga y le dije: «Quédatelo. Mañana iré a trabajar ‘allí’». «Os han enseñado a contrataros y a arrastraros a un tiempo», me dijo. La bruma de mi mente se despejó y repuse: «Si alguien nos ha precedido en tratar con ellos habéis sido vosotros. ¿No fuiste tú el primero en tratar con ellos?... ¿Cómo llamas a la representación de empresa que tú tienes? ¿Servicio a la patria?» (pp. 102-103).

Este falso patriotismo de los palestinos ricos, que han sido la avanzadilla de la acomodación a la Ocupación, lo señala la autora en varias ocasiones, como en la respuesta de un vendedor ambulante a un señorito que le echa en cara que venda pan de Israel:

- ¿Vergüenza? Empecé a trabajar allí y dijisteis: «¡vergüenza!». Me recliné en casa como las mujeres y dijisteis: «¡vergüenza!». Vendo pan y me decís: «¡vergüenza!». Tú, caballere, vistes un pantalón a la moda y una camisa planchada y me dices «¡vergüenza!»...No hemos sido los primeros en trabajar con ellos, amigo: cuando nosotros recorriamos las calles de Nablus buscando pan, sus

señorías recorrían las calles de Tel Aviv buscando empresas que les otorgaran sus representaciones. ¿O no es así? [...]

- Está bien: Vende pan árabe. [...]

- Está claro que tú eres de los de arriba. Trae y deja a los de abajo que compren sin que tengamos que aguantar lindezas (pp. 80-81).

En el terreno político, Cisjordania queda sometida en 1967 a la administración jordana. Las autoridades civiles y militares apenas están esbozadas en esta novela: la actuación de un alcalde puede limitarse a interceder por un preso o protestar porque se maltrata a una viuda; y un gobernador militar sólo se ocupa de los temas de la seguridad del Estado. Por otro lado, la mayoría de los líderes de la Resistencia están en el exilio o en las cárceles, donde controlan, a veces con dureza, la vida de los prisioneros, a los que forman impartiendo clases teóricas y prácticas sobre marxismo, socialismo y capitalismo. Su rígido ideario está muy alejado del sentir de la gente sencilla como Zuhdi que, al presenciar el poder del «Consejo Correctivo» de la celda, compara al líder de la cárcel —otro Adel— con Stalin y otros gobernantes del mundo:

Un gobierno dentro del gobierno. Adel se sitúa en la cumbre de la celda número 23 y se autoproclama Conciencia de la Revolución... ¡Pero es frío de corazón, oh, mundo! ¡Qué miedo que se torne como el resto de los gobernantes...! Él mandaría y nosotros obedeceríamos, y la historia se repetiría aunque tomara bellos y deslumbrantes nombres. Democracia, Socialismo, Proletariado... Luego Stalin levanta la hoz y siega los cuellos de millones de personas ante el aplauso y la aclamación de las masas al Exponente Omnipotente de la Virtud, entre cantos a las glorias de Moscú y la China Popular... Ah, Adel al-Karami, te saludo: ahora comprendo tus palabras (p. 155).

Pero el poder político real reside en Israel. Aunque Jalīfa no describe a todos los israelíes como seres insensibles y crueles, sí denuncia claramente su política, dirigida a dificultar la vida de los palestinos para que emigren, como dice un acomodado comerciante de Yanin: «Nos roban, hijos míos... nos chupan la sangre para hacernos la vida un infierno y que emigremos (...) La vida se ha vuelto insoportable en el interior» (p. 23). Y para conseguirlo, los israelíes utilizan el desprecio, la humillación, las prohibiciones, las obstrucciones al reagrupamiento familiar, la destrucción de sus recursos, sus casas y sus tierras o el control del mercado; y, si no lo logran, emplean la violencia de todo tipo para aniquilar cualquier resistencia que se oponga a su política interior o a sus afanes expansionistas. Uno de los instrumentos usados es la política educativa, que resume así un joven de secundaria amigo de Basel:

Ésta es la situación [...]: presión y represión en la etapa primaria, destrucción de la personalidad en la etapa preparatoria; y en la secundaria nos imponen unos

métodos de estudio estériles, justo cuando la familia empieza a pedirnos buenas notas para que seamos médicos o ingenieros. Al convertirnos en doctores o ingenieros nuestros padres nos exigen que paguemos los gastos de nuestros estudios, pues no han pagado con la sangre de su corazón para que cobremos salarios ínfimos en nuestro país. La solución es el exilio: trabajar en Arabia Saudí o en los países del Golfo. Resultado: la zona queda depurada de gente instruida. No quedan más que los obreros y los campesinos. Esto es exactamente lo que quiere Israel, seamos doctores, ingenieros, obreros o campesinos: una sola mentalidad y un solo camino. Una mentalidad sumisa y corazones débiles, hombres que trabajen como máquinas sin atreverse a decir no (pp. 70-71).

Además de esta política de asimilación, emigración o aniquilación, Jalīfa denuncia el respaldo meramente teórico que los países árabes prestan a la Causa —cuando no expulsan a los palestinos molestos—, cargando la responsabilidad sobre los palestinos del «interior», como también hacen los líderes de la Resistencia en el exilio; también denuncia la actitud de los EEUU y su palabrería traicionera pregonada por la prensa —«¡Kissinger augura la solución del Conflicto!» (p. 33)— mientras arman a Israel, o la de la ONU, cuya actitud califica Adel como una «tortura: un pasatiempo en el que se profesionalizan los alcahuetes de la política en las Naciones Unidas» (p. 66).

Y mientras tanto, «los notables en la jabonería discutían las técnicas de la política internacional» (p. 67). La crítica de Jalīfa a esta actitud pasiva o negativa de las clases que detentan el poder social, económico y político en el «interior», puede resumirse en estas palabras de Saleh, el preso palestino al que ama Nawar:

¿Quién es el responsable de la no industrialización del país? ¿Quién es el responsable del subdesarrollo de los trabajadores? Ni cultura, ni capacitación técnica ni compromiso con la patria. ¿Quién es el responsable? [...] Tú, ella, él y yo el primero. Y no basta que diga que soy culpable, que expie mis faltas y descanse. Es más profundo que todo eso. Tengo que ser activo, leer y planificar. Olvidad el pasado y asomaos al futuro. La Ocupación no durará siempre. Cuando acabe la Ocupación ¿qué hacemos con los trabajadores? Ya no hay campesinos, ni pequeños comerciantes, ni artesanos. Todos son obreros como resultado de las circunstancias. ¿Qué haremos con ellos tras la Ocupación? Los capitales del petróleo se encuentran en los bancos de Europa, haciendo funcionar su industria y su comercio. Entonces ¿qué?... Cuando colocas tu dinero en los bancos lo invierten, Europa prospera y nosotros nos quedamos como estábamos. Justicia distributiva. Reservas de petróleo. Hay que industrializarse antes de que sea demasiado tarde (p. 140).

¡¡¿Será ya demasiado tarde?!!